

JUAN RADRIGÁN, EL INCONFORMISTA

'HOY LA RAZÓN ESTÁ EN UN HOSPITAL'

CREATIVO, REBELDE, DE PLUMA SÓLIDA Y LENGUA AFILADA, UNO DE LOS DRAMATURGOS MÁS COTIZADOS DE LA ESCENA NACIONAL INCURSIONA EN TERRENO PANTANOSO. EL DE LA ASTRACANADA, ANTIGUO GÉNERO ESPAÑOL, EN DONDE BEBIÓ VALLE INCLÁN. CON OBRA NUEVA Y REFRESCANTES DICHOS, AQUÍ, DE CUERPO PRESENTE, RADRIGÁN VERSIÓN 2003.

Por MARÍA CRISTINA JURADO Fotografías: ALVARO DE LA FUENTE

¿Por qué le gusta tanto meterse en las patas de los caballos? —Es como una vocación... (se rie fuerte, aspira el humo con fuerza, cuchara el café con amoreto). una vocación de decir lo que pocos se atreven a decir o, mejor dicho, casi nadie. —Radrigán se mete con Dios, con la muerte, con Luzbel, con la Iglesia Católica. Se metió con el régimen militar en sus peores tiempos...

—Ah, pero nunca dejó que titubearan de políticas sus obras. El teatro que yo escribo tiene que ver con valores humanos, con los temas de siempre, los suyos, los míos: el amor, el dolor, el estupor. ¿Por qué etiquetarlo?

Juan Radrigán, dramaturgo consagrado en la escena chilena —66 años, medio siglo escribiendo, cuarenta premios en Chile y en el extranjero, traducido en muchos idiomas— vierte los juicios más lapidarios sin inmutarse. Este hijo de familia humilde que ejerció en su vida más de una docena de modestos oficios ("donde más duré

fue en la industria textil, como mecánico de telar por más de veinte años") llegó a la escritura por pura desesperación: la de expresarse para poder seguir viviendo.

Hoy, cuando crea, encumbrado junto a los pocos dramaturgos de excelencia que hay en Chile, es reconocido por todos como uno de los más originales y sólidos. Autor de una obra que ha sido más de alguna vez entrecortada por largos períodos de introspección, Radrigán es así. Sin puestas ni aires de divo intelectual. Cuando tiene algo que decir, lo grita a los cuatro vientos. Cuando no, se retira y se conforma y poco le importa lo que los demás opinen.

—Hay palabras recurrentes en su vida y su obra: dignidad, poesía, dolor, estupor.

—Pero parece que la raíz de todo es el estupor. Sospecho que se escribe esencialmente por sorpresa: uno, ante un cuadro de horror que no entiende, no logra racionalizar. Por eso, una obra de teatro es siempre una pregunta, jamás una respuesta. Lo que yo trato de enseñar en mis

clases del Arcis y la Universidad de Chile, es que se debe escribir como si mañana lo fueran a matar a uno. Hay que ser sincero.

—¿Usted es así?

—Todo mi vida. Empecé a los 17 a hacer unos cuentos malísimos, cebolletos, liciones. Si el Zola Reyes escribiera cuentos, serían como los míos. Es que eran un blanco y negro: los protagonistas eran pésimos, pero pésimos, o estaban santificados. Ningún matiz. Tuve la audacia de publicar porque en ese tiempo se podía pagar en cuotas en la famosa imprenta de los hermanos Arancibia. Todos publicaban y así nos llamamos de escritores fáciles. La literatura social chilena es la peor de América Latina: provinciana, lúbrica y escuálida.

Nunca tuvo nada que hacer con el cuento o la novela, evoca y se ríe, mientras sigue revolviendo su café con amoreto. Y, mientras manejaba hilados y máquinas, pasó los veinte años siguientes escribiendo sólo para sí mismo. Recién en 1978 afloró el dramaturgo, casi por casualidad.

—Yo había visto sólo dos obras en

mi barrio Franklin: *El rey se mueve*, de Ionesco, y *La ópera de tres centavos*, de Brecht. Un día, me siento y empiezo a escribir diálogos como un chorro, las ideas me fluyen y ya no puedo parar. Así salió *Testimonio sobre la muerte de Sabino*. En un momento de audacia —soy extremadamente tímido— se la llevé a Gustavo Meza y él a Ana González, quien la montó de inmediato. Tuve mucha suerte y un debut demasiado fácil.

Lo que llama la facilidad fue para la escena nacional de esa época, fines de los sesenta, la revelación de un gran talento. Radrigán continuó escribiendo —su monólogo *Sin motivo aparente* para Nelson Brodsky se hizo célebre en 1979— y comenzó a acumular premios. En los '80, aunque muchos intentaron encastrarlo en la dramaturgia de protesta, él se resistió y se resistió aún a las etiquetas. Para Juan, la libertad es la esencia de la creación. Con sus personajes de gran dignidad, un lenguaje poético divorciado de lo panfletario y rigor en la escritura, este ecletista sembró un camino personal que hoy, casi treinta años



La contienda humana, inspirada en el Alamo, 1994. A la derecha, Las voces de la ira, 1984, con Pepe Herrera.



Peches consumidos, 1991. A la derecha, Medea nocturna, 2000, con Silvio Marín.



Hoy la razón está en un hospital : [entrevista] [artículo]
María Cristina Jurado.

AUTORÍA

Radrigán, Juan, 1937-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2003

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Hoy la razón está en un hospital : [entrevista] [artículo] María Cristina Jurado. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile